

guesía, así como con el apoyo de intelectuales. Paz Estensoro pudo propiciar entonces la formación del M. N. R. Una serie de medidas económicas y sociales: universalización del derecho al voto, redistribución de tierras, nacionalización de minas, incentivos de la faz educativa, fueron los pasos inmediatos del gobierno revolucionario. Los periodos de Paz Estensoro (1952-1956) y de Hernán Siles (1956-1960) lograron, afirma nuestro autor, mantener cierto equilibrio político en el interior del Movimiento, pero no sin inclinarse paulatinamente hacia la derecha como consecuencia, fundamentalmente, de su apoyo a la constante progresión de las inversiones norteamericanas en la economía del país. Esta tendencia condujo a medidas represivas contra la izquierda —especialmente dirigidas hacia el sector minero, cuyo sindicato estaba liderado por Juan Lechin— y, en consecuencia, a la búsqueda de respaldo en el ejército. El proceso se vio acelerado por la caída de los precios del estaño, uno de los pilares en la colocación de materia prima boliviana, y desencadenó la crisis final del movimiento encabezado por Paz Estensoro. Los continuos llamados a la intervención de las Fuerzas Armadas posibilitaron el protagonismo de Barrientos en 1964, encabezando un golpe militar que significó —señala Ortega— una «verdadera contrarrevolución» y, en consecuencia, el punto de retroceso para los objetivos nacionalistas perseguidos por las administraciones anteriores. La muerte de Barrientos Ortuño, en 1969, lleva a la cúspide del gobierno al general Ovando Candia, ex colaborador del primero y personaje que había permanecido en un discreto segundo plano durante tres presidencias: Paz Estensoro, Barrientos y Siles. Ovando oscilará entre la represión interna y la nacionalización de empresas (como en el caso de la iniciada a los bienes de la Gulf Oil) y será, finalmente, destituido por un nuevo golpe militar, que lleva al poder al general Juan J. Torres, como resultado del propunciamiento de Miraflores. Se abre, en este momento, un periodo de matices populistas, con un ensayo de aglutinar las fuerzas populares y el ejército en una causa común —según declara su conductor en discursos oficiales— para acabar con la dependencia del pueblo boliviano. Los posibles resultados de este intento se vieron

pronto retaceados, ya que las fuerzas conservadoras, alarmadas, gestaron un nuevo y sangriento levantamiento militar, que, el 21 de agosto de 1971, culminó en la caída de Torres y el ascenso del coronel Hugo Bánzer a la presidencia de Bolivia. Los dos capítulos finales nos introducen en el seguimiento de las huellas dejadas por el nacionalismo en la novela y el ensayo bolivianos. Se trata de un tema rico en sugerencias y de escasa difusión, excepto para los especialistas, que se nos ofrece aquí en toda su complejidad cultural y sociológica, contribuyendo a incrementar la importancia del aporte que configura este volumen. Una obra que, aunque no exenta del tono polémico que encierra toda toma de posición política, coadyuva a la mejor interpretación del momento histórico, abriendo camino a una nueva crisis, que vive Bolivia en la actualidad.

■ NELSON MARTINEZ DIAZ.

«DIALOGOS CONMIGO MISMO»

El embajador e ilustre jurista Antonio Garrigues y Díaz-Cañabate creo es un caso algo especial en el mundo político español: fue director general de los Registros y Notario del Ministerio de Justicia del Gobierno Provisional de la II República; embajador de Franco en Estados Unidos y el Vaticano; y Ministro de Justicia en el primer gabinete de la Monarquía actual. No obstante, nadie le ha recriminado su pasado republicano ni su colaboración franquista. Esto en sí es un tanto a su favor y nos muestra el espíritu liberal y demócrata de sus ideales puestos al servicio de su país.

Garrigues acaba de publicar un libro (Editorial Planeta, Barcelona, 1978, 217 págs.) que es una breve narración autobiográfica en la que nos hace un balance de su vida, sus ideas y creencias, y nos da algunas revelaciones sobre su actuación como embajador y como ministro del primer gobierno de la Monarquía; equivoca a su familia, su vocación por la abogacía, el primer cargo público que desempeña durante la República, con retratos y recuerdos como los de García Lorca, Sánchez Mejías, Bergamín, José Antonio, Pablo VI, Fraga, Arelliza, Suárez, Arias Navarro, John F. Kennedy, el matrimonio Onassis y el propio rey Juan Carlos.

ANTONIO GARRIGUES y DÍAZ-CAÑABATE Diálogos conmigo mismo

Un testimonio de quien ha sido sucesivamente director general de los Registros (1937), embajador con Franco (1962) y ministro de la Monarquía (1978).



Asimismo, nos presenta algunos pasajes sobre la guerra civil española y su colaboración con la Falange clandestina y su conocimiento en Madrid de Jor Kennedy, hermano del que fue presidente norteamericano.

«Diálogos conmigo mismo» es, en resumen, un desfile de personajes y de situaciones conocidas y vividas por el autor, quien al propio tiempo nos descubre a través de estos diálogos íntimos los repliegues de su personalidad. Pero, al terminar su lectura quedamos algo defraudados, ya que por su personalidad, sus conocimientos y cargos ocupados en la vida pública española, se esperaba algo más consistente e interesante. La aportación a la historia de nuestro país de este texto es más bien escasa y casi sin ningún interés. Garrigues todavía nos debe unas auténticas memorias, que a no dudar estará preparando. Estamos seguros que por su incidencia en la política de nuestro país durante cerca de cincuenta años, existen muchos pasajes de indudable interés que el ilustre jurista no nos ha querido narrar en estas doscientas páginas escasas del libro citado.

Garrigues es consciente —y así lo ha declarado— que un hombre que ha desempeñado cargos públicos tiene la obligación de dar cuenta de sí mismo y de su obra, y dar cuenta es aceptar una responsabilidad. Hay que responder de aquello que no es propio; una función pública se debe hacer para otros, no para uno mismo, y hay que comparecer ante aquellos a quienes se ha servido. Y el resultado final de este texto no responde a lo que se esperaba de la figura de Antonio Garrigues y Díaz-Cañabate. No dudamos que pronto va a responder a esta exigencia moral y, a la vez, histórica. ■ JOSEP CARLES CLEMENTE.